

Máster en vivo en Medellín

Fotografía: Nino Lápiz
Conversatorio del encuentro de Jóvenes Campaz. Medellín

Menchu Romero Cádiz

No soy investigadora pero me fui a Colombia a investigar, no soy escritora pero aquí me tienes, ni siquiera soy quien tengo más experiencia en este terreno aunque tengo la mía. Así que cuando me plantearon el reto de este reportaje sobre la aventura que viví el verano pasado en Medellín, lo he convertido en un placer y un honor, en la mejor forma de transmitir cómo se afronta el Trabajo Social en un lugar que se ha convertido en una referencia.

Era un momento de cambio: había salido de mi empleo después de 16 años como trabajadora social en la ciudad de Cádiz, estaba decepcionada por todo lo que pasaba a mi alrededor a nivel social y político, deseaba conocer otras formas de hacer las cosas, otros criterios, nuevas metodologías y experiencias diferentes en distintos lugares del mundo que me ayudaran a entender mejor mi resistencia e inconformismo. Medellín andaba en mi cabeza desde que escuché a Vanessa Garcés, una periodista colombiana y ahora gran amiga, que vino a trasladar la historia y el cambio de su ciudad a Plan C, la iniciativa ciudadana que busca otro futuro para Cádiz. Me fascinó su explicación sobre lo sucedido en Medellín desde que fue una ciudad famosa en el mundo por el alto nivel de violencia, crimen organizado, corrupción y narcotráfico en la década de los ochenta. De repente se había convertido en un ejemplo de transformación e innovación para el mundo, avalada incluso por grandes premios internacionales: ¿Y esto cómo es posible?

Vanessa nos contó que todo fue gracias a una gran transformación ocurrida en la ciudad impulsada por las políticas públicas durante unos años. Era la respuesta que buscaba, me

dije a mi misma: ¡Vámonos a Medellín ya mismo! Y allá que me fui durante un mes y medio para aprender y conocer la verdad que había en todo ello, para profundizar en metodologías sociales transformadoras que podrían inspirar cambios en nuestro país y sobre todo en mi querida ciudad. La suerte me acompañó por el asesoramiento y los numerosos contactos que nos facilitó Vanessa Garcés o la compañía de Sergio Patiño, por poder compartir la experiencia con un compañero de viaje como Nino, un educador social español a quien conocí en Río de Janeiro unos años antes en la aventura de vivir esa extensa y enorme ciudad sin perdernos un detalle, a través del visor de la cámara que dejó un testimonio audiovisual. Así descubrimos las maravillosas luces y también las sombras que tiene una ciudad como Medellín.

Descubrimos tantas realidades, tantas iniciativas y cuestiones, que será difícil resumir en este escrito. Fui a conocer la realidad sociopolítica de una sola ciudad, de la colombiana Medellín, pero desde el primer día me topé con la horrible situación del gran conflicto armado que durante seis décadas había bañado el país de sangre, de violencia y de muerte. La propia historia colombiana, el alto índice de corrupción, la existencia de cárteles de la droga, la sombra del famoso Pablo Escobar Gaviria, las numerosas guerrillas existentes entre diferentes frentes (FAR, ELN, EPL, M-19...), o el fenómeno del paramilitarismo (grupos armados ilegales de extrema derecha) habían convertido a un país tan rico y diverso como Colombia en una tierra hostil, llena de dolor, rabia, odio y sufrimiento donde la ciudadanía se encontraba en medio de numerosos conflictos

“Medellín era el ejemplo de la situación de un país donde el sufrimiento y el horror se había multiplicado por diez, dónde casi cada persona que conocimos había llorado a uno o varios muertos de su familia, víctimas de la violencia, desplazados o desaparecidos. Cada historia que me contaron me sobrecogió más el corazón.”

armados, que convertían a las personas en las verdaderas víctimas de todos esos intereses enfrentados. Medellín era el ejemplo de la situación de un país donde el sufrimiento y el horror se había multiplicado por diez, dónde casi cada persona que conocimos había llorado a uno o varios muertos de su familia, víctimas de la violencia, desplazados o desaparecidos. Cada historia que me contaron me sobrecogió más el corazón.

Todos los días conocíamos hechos de la inequidad que sufre la población, como los ocurridos en la Comuna 13 con la operación Orión, cuya historia habría servido para una película bélica con final catastrófico. Investigamos en cada rincón, en cada entidad pública o privada a la que llegamos y, en ellas, pudimos asombrarnos por el sufrimiento vivido. Aprendimos y entendimos lo sucedido en Colombia con los falsos positivos, los asesinatos de jóvenes civiles inocentes de barrios humildes, cuyos cadáveres aparecían con un falso uniforme de guerrillero para que los paramilitares pudieran sumar puntos y prestigio, para simular que se luchaba contra la guerrilla o contra la droga. Descubrimos tantas muertes de defensores de los derechos humanos, de líderes afrocolombianas o de miembros de colectivos como el LGTBI, asesinados por la defensa de sus ideales, por el reconocimiento de sus condiciones raciales o sexuales. Nos contaron sobre la desaparición de generaciones perdidas de jóvenes, que se convirtieron en blanco de los actores armados: sus madres continúan aún en la búsqueda de sus cuerpos semana a semana. Supimos de la realidad de los desconectados de luz y agua en todas las laderas de la gran llanura de los Andes, en la que se encuentra Medellín, o los miles de desplazados por la violencia a consecuencia de la época “maluca”. Eran historias que nos rasgaba el alma en cada una de nuestras entrevistas.

Con este panorama, ¿cómo era posible que una ciudad como Medellín sea ahora un referente turístico y símbolo de transformación social? Aunque por desgracia nada de eso ha desaparecido por completo, esas realidades han mutado hacia nuevas expresiones de violencia y crimen, nuevas bandas asesinas. Aunque sigue habiendo inequidad, aunque se mantengan impuestos revolucionarios como las llamadas “vacunas”, aunque la corrupción, la prostitución de menores para el turista extranjero siga existiendo, aunque todavía haya muchas personas viviendo en

las calles, aunque haya un alto nivel de drogadicción... Es cierto que hay una transformación en Medellín, que ha reducido sus niveles de violencia en un noventa por ciento.

Al principio había creído que estos cambios se habían originado en el diseño de políticas sociales integrales y transversales que buscaban esa transformación. Pensé que era la aplicación directa de las políticas propias del gobierno de izquierda que lideraba Sergio Fajardo, o de la acción de otros políticos actuales o de la oposición, como el exsecretario de Cultura Jorge Melguizo, que se habían convertido en la prioridad de nuestra investigación y a quienes pudimos conocer y entrevistar. Conocíamos las políticas diseñadas para fomentar la construcción colectiva y el desarrollo comunitario, eran políticas urbanísticas integrales con un amplio sentido social, cultural y educativo. Habían cambiado el transporte y el urbanismo de Medellín con los teleféricos, el tranvía de Ayacucho, las escaleras mecánicas para salvar los desniveles de la ciudad, el nuevo contacto entre barrios aislados que se había establecido con la construcción de los acueductos. Todo ello facilitó una gran movilidad urbana, un contacto social sin precedentes que favoreció el encuentro de la ciudadanía, que fomentó el empleo o el turismo, que condujo a un crecimiento económico. Pero éstas también provocaron numerosas dificultades sociales o daños estructurales en barrios enteros, el desplazamiento o bien la gentrificación, la salida de los vecinos pobres de los barrios cuando se revalorizaron.

La política estrella fue la cultural que se había entendió como una clave de la transformación ya que se enfocó a ofrecer alternativas y oportunidades diferentes para la ciudadanía, a cambiar la realidad colombiana del momento. Proyectos como los maravillosos parques de bibliotecas, que funcionan como verdaderos centros cívicos, educativos y culturales construidos en los barrios más humildes de la ciudad, las mismas zonas que siempre habían sido blancos fáciles para la violencia o el narcotráfico. Ahora en los proyectos culturales, artísticos o educativos se tejían la convivencia y la diversidad, se habían diseñado como verdaderas ágoras donde el encuentro y el diálogo eran su materia prima. Pero también impulsaron políticas participativas, educativas, deportivas o de salud, con proyectos como los presupuestos participativos o aquellos que buscaban mejorar los centros educativos más humildes, la construcción de grandes centros deportivos o la creación de las increíbles UVAS (Unidades de Vida Articulada), acompañadas de iniciativas que fomentan el hábito saludable y la convivencia entre todos sin distinción de edad, sexo o condición social.

El motor del impulso había salido de la resiliencia, de la propia Memoria Histórica como pueblo -con proyectos como el de la Casa de la Memoria, digna de mencionar-, cuyo objetivo es el conocer y no olvidar para no repetir. Todo para fomentar el tan necesario proceso de Paz, desde el encuentro entre víctimas y victimarios. Estas dos realidades, una frente a la otra, llevó a la toma de conciencia de una realidad brutal: todos fueron víctimas de un mismo sistema corrupto e injusto. “Del miedo a la esperanza” era el lema de estas políticas que contribuyeron, y mucho a esa gran transformación de Medellín. Un cambio que no está exento de maquillaje y también del riesgo de seguir los caminos del neoliberalismo actual.

Sobre el terreno fuimos descubriendo que no solo las políticas de la época moderna fueron importantes, sino que desde unos 35 años atrás ya se estaba forjando esa transformación que “no ha hecho más que empezar”. Todo ha sido fruto de un largo proceso en el que la comunicación contribuyó a un

ración Nuestra Gente o la de Con-vivamos, Barrio Comparsa, la Casa de las Estrategias, la Red Pacífica de Mujeres, la Red Feminista o las maravillosas Madres de la Candelaria, Visibles, las Redes de Patrimonio Material e Inmaterial, los grandes teatros como el Matacandelas -pionero en la resis-

“Juntos y por separado luchan cada día por alcanzar el cambio desde la independencia política, convirtiendo a Medellín en una ciudad laboratorio, resiliente, dónde la cultura, la reivindicación o la participación ciudadana son claves para la tan reclamada Paz que aún no ha llegado. Pero para que sea posible, saben perfectamente que para sobrevivir a la inseguridad, el miedo o a la violencia no hay que invertir en seguridad sino en convivencia, en la gente de a pie, en el perdón y en la construcción de la justicia social.”

nuevo diálogo y reflexión de todo lo vivido por la ciudadanía a través del espacio construido en las radios comunitarias, en libros del momento como “No nacimos p’a semilla” de Alonso Salazar, y en películas como “Rodrigo D: no futuro” de Víctor Gaviria, que hicieron que un país y una ciudad como Medellín se pusieran frente a su espejo y dijeran “¡Basta Ya!” a tanta violencia, para comenzar una verdadera revolución cultural desde la propia resistencia ciudadana.

El capital social de Medellín sigue construyendo la verdadera transformación social, día a día, como un verdadero Cambio Cultural, de consciencia y de mentalidad –todavía en marcha- que se materializa a través de todas sus expresiones: las artes, el teatro, la danza, la poesía, el rap, la música, las manifestaciones, las intervenciones culturales en las propias calles, la narración oral, la apropiación del espacio público, las pinturas, los grafitis, las cicladas, las comparsas callejeras, los conciertos, las numerosas representaciones, las estatuas o un simple cartel en la calle... Lo más impresionante para nosotros, fue ver que ante tanto dolor el mensaje de justicia estaba lleno de esperanza y de perdón a favor de la Paz por parte de todos/as, pero en especial por las propias víctimas que poco a poco se van levantando de su letargo, del miedo y del sufrimiento desde su propia implicación dentro del gran proceso de Paz.

Por tanto, los grandes agentes del cambio se encuentran en la calle, en el tercer sector, en el tejido asociativo de Medellín, en sus conversatorios, en las asambleas o en los encuentros, teniendo como protagonistas a los jóvenes y a las mujeres. Ellos y ellas son el verdadero motor de dicha revolución y de la resistencia cultural bañada de filosofía y pedagogía propia de la Teoría de la Liberación, el Nadaísmo o la idea del hombre como ser inacabado de Paulo Freire. Proyectos como la casa Kolacho, la Casa Morada, la Corpo-

tencia cultural enfrentándose al toque de queda impuesto por el poder-, o el Pablo Tobón, la propia Universidad de Antioquia, las revolucionarias cicladas organizadas por entidades que fomentan el uso del espacio público para el peatón y ciclistas rompiendo las “barreras invisibles”; entidades como la ACJ, Picacho con Futuro o la Cooperación Simón Bolívar con años de andadura a sus espaldas, las maravillosas radios comunitarias barriales o las numerosas cooperativas de economía social, los vecinos del cerro de Moravia o la entidades como la de Fe y Vida, e incluso bares como el Guanábano o la Pascasia, proyectos como el de Plazarte, Antiboutic, “Camina pa’ el centro”, periódicos como el Universo Centro... Todos y todas ellas son quienes hacen que esa transformación sea una realidad.

Juntos y por separado luchan cada día por alcanzar el cambio desde la independencia política, convirtiendo a Medellín en una ciudad laboratorio, resiliente, dónde la cultura, la reivindicación o la participación ciudadana son claves para la tan reclamada Paz que aún no ha llegado. Pero para que sea posible, saben perfectamente que para sobrevivir a la inseguridad, el miedo o a la violencia no hay que invertir en seguridad sino en convivencia, en la gente de a pie, en el perdón y en la construcción de la justicia social.

Allí vi un verdadero trabajo de desarrollo comunitario, de resistencia cultural de un pueblo nacido del arte de la resiliencia, pero observé que la convivencia y el desarrollo dejaban fuera a las personas sin hogar, a los habitantes de calle –como los llaman allí-. Había ido para conocer esa realidad, cómo viven las personas sin techo, cómo una ciudad transformadora trabajaba la inclusión de quienes el propio sistema aparta. Volví con la tristeza de que sin ellos nunca conseguiremos nuestro verdadero propósito: convivir de forma pacífica como seres humanos.